



CULTIVAR LA LECTURA EN FAMILIA

CULTURA Y COMUNIDAD

CONSTANZA MEKIS M.



Cultivar la lectura en familia

Cultura y comunidad



CONSTANZA MEKIS M.



Cultivar la lectura en familia
Cultura y comunidad
Constanza Mekis M.

Ilustraciones de: Magdalena Contreras Mekis

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhnuz
Coordinación de la edición: Alejandro Aliaga

Diagramación y diseño: Kevin González

Primera edición: febrero de 2021

© del texto: Constanza Mekis M., 2020
© de las ilustraciones: Magdalena Contreras Mekis, 2020
© SM S. A.
Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 3811312
www.grupo-sm.com/cl
chile@grupo-sm.com

Registro de propiedad intelectual: 2021-A-675
Registro de edición: 2021-A-680
ISBN: 978-956-403-124-8
ISBN digital: 978-956-403-225-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

205542

A mi familia

Mi madre me leía libros todas las noches, sentada en la orilla de mi cama. Ella era la rapsoda; yo, su público fascinado. El lugar, la hora, los gestos y los silencios eran siempre los mismos, nuestra íntima liturgia. Mientras sus ojos buscaban el lugar donde había abandonado la lectura y luego retrocedían unas frases para recuperar el hilo de la historia, la suave brisa del relato se llevaba todas las preocupaciones del día y los miedos intuidos de la noche.

IRENE VALLEJO, *El infinito en un junco*

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

Mi experiencia: infancia, adolescencia, maternidad y adultez

CAPÍTULO 2

La familia y su red de colaboración con la lectura

CAPÍTULO 3

Encuentro con una familia lectora. Múnich, 2017

CAPÍTULO 4

Infancia de algunos grandes creadores, marcada por la lectura y el interés por el conocimiento

CAPÍTULO 5

Una construcción colectiva: testimonios y experiencias lectoras de 65 personas desde diferentes campos del saber

CAPÍTULO 6

Propuesta: cinco puntos para desarrollar hogares vinculados a la lectura

CAPÍTULO 7

Recomendaciones de libros, paseos y exploraciones urbanas

BIBLIOGRAFÍA

ANEXOS

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

QUERIDOS LECTORES:

Con este libro he querido compartir algunas ideas, experiencias y testimonios, que espero les permitan propiciar la lectura en los hogares de una manera grata, edificante y entretenida. La lectura se relaciona con la cotidianidad de la vida, y puede anidar como una compañía hogareña armoniosa y colorida. Estoy cierta de la importancia vital de contar en la familia con integrantes que den valor a la lectura, la aprecien y se acerquen a ella mediante los espacios culturales, patrimoniales y naturales.

Así como la lectura es algo dinámico, la configuración de la familia se encuentra en continua evolución y no obedece a un patrón único; está sujeta al acontecer social, histórico y cultural. Destaco el papel de la familia como una gran red de apoyo afectivo, que se compromete a tender lazos que desarrollen los hábitos culturales del grupo familiar. También estoy convencida de que la tarea de formar comunidades de lectores en familia, es posible e irrenunciable. Habrá que aproximarse a la lectura con sencillez, sin temor, guiados por el coraje y la creatividad, intentando descubrir los secretos y el placer profundo que deparan los momentos de lectura.

Quedan invitados a encauzarse en la lectura con esperanza, considerándola una amiga que nos acompaña a diario y nos reconforta, como esa amistad entrañable que es una zona de escucha y de calma, donde reinan la confianza, el cariño y el respeto mutuo. Quisiera que la lectura vivida fuera el cimiento de algo propio, algo querido, que nutre y orienta en el mundo incierto en que estamos viviendo, que nos da alegría.

Concibamos la lectura como un espacio cultural de bienestar, de exploración del conocimiento, de apertura hacia algo más amplio y participativo.

¡Nuestros días en familia serán cada vez mejores!

Constanza Mekis
Santiago, abril de 2020



CAPÍTULO 1

MI EXPERIENCIA: INFANCIA, ADOLESCENCIA,
MATERNIDAD Y ADULTEZ

1. RECUERDOS DE MI FAMILIA, MI INFANCIA Y ADOLESCENCIA¹

Quisiera expresar aquí mi experiencia de lectora desde dos momentos de mi vida: infancia y adolescencia. Mostrarles cómo de ser niña pasé a convertirme en una joven lectora. En el camino se entrecruzaron, mágicamente, tantos momentos importantes que me han demostrado como el entusiasmo por la vida puede despertar el ámbito cultural, creando mundos curiosos y entretenidos.

Leer es escuchar y con ello oírse. Leer es mirar y con ello verse. La invitación a leer no está contenida solo en los libros, sino en ir descubriendo las bellezas naturales, los olores de las verduras, la textura de una arpillera, la mirada de un gato, la armonía de una campanada. Trataré esto a partir de mi propio entusiasmo por la lectura. No puede ser de otra manera: hablamos a partir de lo que nos ocupa el corazón.

A lo largo de estas páginas quisiera recuperar parte de mi infancia y, específicamente, lo que pudo llevarme a abrir un libro: mi familia, los papeles que desempeñaron quienes me rodeaban y me dieron la vida.

¿Los autores dan con nosotros o nosotros con ellos? Nuestros hallazgos lectores pueden surgir gracias a la participación de quienes nos acompañan en el camino: dependen de quien se acerque a nosotros con libros y otras manifestaciones del conocimiento.

Leer es amar, ver, escuchar, juntar la vida propia con la ajena. Leer es salir del encierro, pasear y descubrir la naturaleza, la hospitalidad de la gente, sus miedos, amores, intereses y recorridos.

Nuestras primeras miradas al mundo

Recordemos los primeros años, cuando uno mira a los demás como “los grandes” y se fija en cómo se expresan, qué hacen, hacia dónde dirigen sus pasos y conversaciones. La gran invitación que podemos recibir en esos años es que los grandes nos permitan observarlos para que, de a poco, vayamos aquilatando sus movimientos y alcances. Ojalá que todos tuviéramos la oportunidad de que nuestras primeras miradas al mundo fueran libres, con los ojitos bailando a nuestro ritmo y compás, con la certeza de que, cuando se empañen, alguien nos ayudará con cariño a desempañarlos para que podamos volver a mirar abiertamente.

El momento crucial

Leer es un misterio. Tengo muy presente el día que en comencé a leer. Estaba en el living de la casa del campo donde vivía; anocheceía y yo estaba sentada al lado de una chimenea con un fuego grande, a la espera de un tío (hermano de mi abuela paterna) que rara vez nos visitaba y, cuya visita era todo un acontecimiento, pues este tío, Alberto Spikin Howard, además de pianista (había sido amigo de Claudio Arrau), era psiquiatra, escritor, en fin, un artista único. Usaba un perfume muy especial, además de corbatas y pañuelos de tipo fular... y, como si todo fuera poco, llevaba un precioso bastón que lo hacía, ante mis ojos de niña, un ser muy especial. Mi padre con raqueta de tenis o mi abuelo con sus rosas y mariposas, eran seres distintos de este hombre sensible que recitaba poemas y que representaba para mí un mundo mágico.



Estando cerca del fuego sentí sus pasos y su voz. Yo estaba leyendo en voz alta y, cuando me saludó, seguí leyendo un cuento del silabario. Fue mi primera lectura oral para otro ser humano. La recuerdo vivamente; él se emocionó mucho y permitió que mi lectura siguiera su curso. Bien podrán imaginar los trastabillones y el ritmo sincopado. Tuvimos ese espacio solo para los dos. Terminó la lectura al lado del fuego, llegaron mis padres y hermanos, y la vida cotidiana siguió su curso. No hubo felicitaciones. Para mí el gran regalo fue que él me escuchara con atención.

Primeros libros

Solo se recuerda lo que deja una impresión muy profunda, lo que casi materialmente se imprime en uno y deja huellas, figuras que perduran. A menudo me gusta pensar en la etimología de la palabra recordar, que es “volver a pasar por el corazón”. A diferencia del castellano, que habla de “aprender de memoria”, el inglés ha logrado codificar de muy buena manera esta relación afectiva con el pasado y la memoria: *learn by heart*, dicen ellos (y los franceses, de un modo similar, *apprendre par coeur*). Digo todas estas cosas porque mi primer recuerdo literario está asociado a una marca duradera, a una carga emocional que recuerdo con toda vivacidad. No sé cómo podría comunicarles lo que la lectura del texto *Genoveva de Brabante* produjo en mí. Esa antigua historia medieval, en que una mujer es acusada injustamente y termina viviendo en un bosque, me hacía pensar en una sola cosa: ¿cómo podrían sus hijos vivir sin

la madre? Por supuesto, mi experiencia de lectura estaba marcada por mis propios temores infantiles: mis padres eran el centro del mundo, ¿y qué sería de una si ellos no estuvieran presentes?

“La tortilla corredora” es, con mucho, el cuento más misterioso que recuerdo de la niñez. Me la imaginaba rodando y la posibilidad cierta de perderla, de no poder comerla. Tenía miedo, miraba a mi familia y me parecía extraordinario que la realidad pudiera regalarme la comida.

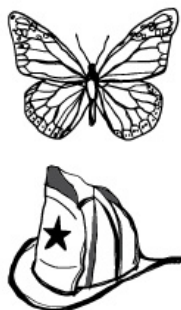
Si de algo me acuerdo es del desafío que, habiendo aprendido a leer, supuso leer por mí misma “El gigante egoísta”; no recuerdo casi nada de esa lectura, aunque sí que terminado este cuento corrí adonde mi papá o mamá, o ambos, saltando en una pata. Mi lectura prosiguió con los infaltables cuentos de hadas, sin que importara si existen o no hadas. Las lecturas siguieron. Creo que la compañía de Papelucho, el famoso personaje de Marcela Paz, es imborrable. ¿Alguien puede pensar en niños sin imaginación? La imaginación es algo inseparable de la niñez. Y Papelucho resalta por su capacidad imaginativa. Siempre anda imaginando cosas, siempre anda medio distraído, porque en su cabeza se le ocurren ideas que son loquísimas para los adultos pero que, para él, cobran un sentido que le permite explicarse cómo funciona ese extraño mundo en que le toca crecer. Los niños que se acercan a Papelucho descubren seguramente en él a alguien que piensa como ellos, mediante “razonamientos medio locos”. Piensen en la genialidad de esta ocurrencia: “¿Cómo serán las almas? A mí se me ocurre una cosita blanca con la forma de Australia”. Este personaje, que pone en escena la infinita capacidad imaginativa y creadora de los niños, me parece hoy tan vital y presente como lo fue en mi momento de infancia. Uno de los personajes de Papelucho es su hermana Ji. Ella tiene una filosofía de vida que de niña me encantaba: desaparecía del mundo de los

adultos y se convertía en lo que a ella le gustaría ser en ese momento.

A cada uno de los libros, la autora logra imprimirle esa libertad de la mente de un niño, haciendo del relato algo muy flexible y que nunca obliga a la historia a avanzar en un sentido o en otro. Con Papelucho sentimos que cualquier cosa es posible. Y Papelucho se siente en total libertad para contar su historia. La historia es espontánea a tal punto que, a veces, incluso nos cuenta cosas inútiles, que luego no se seguirán contando. Por ejemplo: “A mí se me ocurrió hoy una idea estupenda, pero se me olvidó. Ojalá que mañana me vuelva”. Esta idea no volverá nunca en el libro, pero ocupa en él un lugar que nos muestra la frescura y soltura de Papelucho.

Mariposas y bomberos

En mi caso, no puedo dejar de agradecer y dar a conocer a quienes fueron de un modo u otros propulsores de mi gusto por la lectura, mi abuelo Federico y mi padre Patricio, entomólogo y bombero, mariposas e incendios. Mi abuelo trabajaba en la Ford en Rancagua, mientras que mi papá dedicó su vida a hacer carrera política. Ambos leían y con su ejemplo estimulaban mi apetito lector. Los miraba atentamente cuando leían y trataba de imitarlos.



Qué decir de mi abuelo y su biblioteca. Era una buena biblioteca, con innumerables libros que me parecían maravillosos. Al recorrer en la memoria los lomos de esos

libros, recuerdo perfectamente la luz que los iluminaba y cómo me asombraba que tres cuartas partes de ellos, que estaban juntos y muy quietos en la estantería, fuesen en inglés. Mi abuelo se educó en el sur de Inglaterra en un lugar llamado Penzance², en Cornualles. Sus intereses remitían al mundo de la naturaleza, las ciencias, las mariposas, peces y montañas. Parte de su biblioteca eran libros científicos y el resto contenía muy buenas novelas.

Recuerdo un día cuando nos aclaró a sus nietos (éramos diez hermanos, cuatro mujeres y seis hombres) cuáles libros no podíamos ni tocar ni leer de su biblioteca. Debo confesar que apenas tuve la oportunidad me colé entre esos libros “prohibidos”. Ansiosamente los fui abriendo. Descubrí que lo que estaba escrito era muy interesante. Los diálogos y algunas ilustraciones eran novedosos, con palabras y situaciones que no había visto ni oído y que me producían muchísimo interés. Vagamente me acuerdo de las novelas que mi abuelito nos censuraba. Ustedes se podrán imaginar que en su época posiblemente eran consideradas subidas de tono: *Nana* de Émile Zola, algunas obras de Henry Miller... La lectura tenía que ser con un oído escuchando si venía alguien. Era imposible leerlas de cabo a rabo. Solo hojearlas y detenerse cuando las escenas sobrepasaban los meros besos.

Tengo muy presente que, al saludar a mi abuelo, en cada abrazo notaba que siempre tenía un libro de bolsillo en la cartera de la chaqueta. Y cuando veía salir a mi madre le decía cariñosamente: “¿Llevas tu *pocket book*³?”. Decía con claridad que siempre hay que llevar un libro consigo. Uno no sabe qué pasará al salir de casa: si te quedas en *panne*, tienes una espera no prevista en el dentista o en una cola, un libro en la mano te salva.

Muchas veces lo vi devolverse a buscar su famoso *pocket book* del momento cuando iba saliendo, ya que seguramente se lo había olvidado. Nos comentaba que las mujeres podíamos llevar un libro más grande sin problema.

Sacaba sus cálculos: en la cartera cabe un libro de hasta 400 páginas si no se lleva el set de maquillaje.

Vuelvo a mi padre que, como dije, era un hombre de acción. Su condición de bombero me parecía muy emocionante. Generalmente no nos enterábamos de los incendios que ocurrían durante la noche, pero sí cuando la bomba celebraba un nuevo aniversario. Era un gran orgullo verlo salir “disfrazado” con su casco, chaqueta y pantalones blancos. Tal vez el dicho de los bomberos “siempre listos” me ayudó a encauzar mi espíritu de servicio público.

A mi padre lo recuerdo siempre con un libro en el velador. Leía siempre el libro de moda en inglés, el best seller del momento y, por cierto, tenía el último número de la revista *Times*, junto con revistas deportivas nacionales, como *Estadio*, y la consagrada revista argentina *El Gráfico*.

Mi papá, por su vocación política, debía mantenerse al día. De ahí mi fascinación de hacerle la guardia y esperarlo a la hora de almuerzo, pues llegaba de la oficina con montones de diarios: *El Mercurio*, el diario local *El Rancagüino* (en ese entonces todavía vivíamos en Rancagua), *El Clarín*, *El Siglo*, etc. La casa era un verdadero “diaral”: teníamos la oportunidad de leer las noticias desde diversos puntos de vista.

Tengo recuerdos imborrables de cuando husmeábamos las noticias policiales que venían al rojo vivo en *El Clarín*. En otros diarios leíamos con interés los “chimplillos” y chistes locales. Pero lo más entretenido era comparar la información desde distintos ángulos y colores.

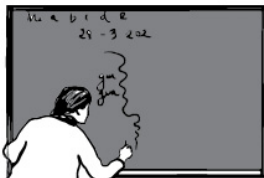
Esto de recibir diarios no era solo una entrega gratuita, sin retroalimentación. Durante las horas de comida, a mi padre le encantaba hacer comentarios sobre los acontecimientos más importantes, las noticias nacionales e internacionales. Me fascinaba escuchar sus puntos de vista. Eran muy claros y entendibles. Al comentarnos los hechos mundiales, nos hacía preguntas, se preguntaba, y siempre

abría una invitación a conversar. Nos ayudaba a que no nos fuera ajeno lo que estaba sucediendo en el mundo entero.

La lectura abundaba en mi familia y era abierta: no discriminaba por gustos, estaba en nuestra cotidianidad.

Nuestra lectura fue “providencialmente” con buenos libros

Felizmente, tuvimos también nuestra biblioteca en casa. Como familia numerosa, los niños teníamos una pieza solo para nosotros, algo así como una fortaleza para hacer tareas o simplemente jugar. Por una parte, nos sentíamos “encerrados”. Pero, por otra, era nuestro propio espacio. Era la única opción para permanecer bajo techo, después de clases o durante el fin de semana. No podíamos estar tirados en los dormitorios. Había muchas normas. Mis padres eran estrictos, especialmente mi madre, pero creo que no había otro modo, con tanto chiquillo. Y tan traviosos. Si no hacíamos maldades, las estábamos pensando. No descansábamos.



En este espacio colectivo familiar teníamos un pizarrón con las nueve tablas de multiplicar pintadas, una enorme televisión de la que no alcanzábamos la perilla, una mesa para jugar a las cartas, una chimenea y la biblioteca. La afición de mi madre por la decoración se traducía en que los espacios acogedores debían estar acompañados de estanterías con libros. ¿Qué libros había? Mi madre, de manera práctica, fue comprando remesas de libros usados por metro en la calle San Diego. El criterio principal de estas “erupciones volcánicas” estuvo centrado en que fueran libros con bonitas encuadernaciones de cuero. Los

lomos tenían que ser de colores cálidos, rojos. Lo que ella no sabía en el momento de hacer sus compras era que, además de ser bellas por fuera, eran obras entretenidas y diversas.

Desde la biblioteca familiar, engullíamos, felices, estos libros. Imagínense lo que es tener a mano la *Biblioteca Internacional de Obras Famosas*. Eran unos 80 volúmenes encuadernados en rojo sangre de toro, que contenían poesías, cuentos, el don de la palabra, ilustraciones fabulosas. Lo mejor era tener la libertad de leerlos después de haber hecho, por ejemplo, unas diez tortas de barro de diferentes colores y varios pisos. Era un gusto lavarse bien las manos y entrar en este solar familiar.

Por lo tanto, nuestra lectura fue “providencialmente” con buenos libros. En otros sectores de la casa también había libros, pero mi mamá decoradora había seleccionado otros colores: tenían lomos verdes y azules, o tonos beige que hacían juego con los muebles y las cortinas. Lo malo era que estos libros estaban en francés y detallaban procesos de ingeniería hidroeléctrica o filosofía medieval, los cuales no entendíamos ni palote al tratar de leerlos.

Mi madre era una lectora especializada. En su velador siempre tenía libros de cocina. Su marcapáginas avanzaba al ritmo en que practicaba las nuevas recetas que descubríamos luego en los almuerzos domingueros. Yo percibía que mi mamá los leía con verdadera pasión, como una novela policial. Sus libros favoritos eran dos: *La buena mesa* y *The Joy of Cooking*. Estaban siempre a la vista, y los leía y releía. Sus lecturas de buena cocinera las acompañaba con sus lecturas religiosas. En su velador también se estacionaban, junto a la *Biblia*, cuatro o cinco libros de meditación espiritual.

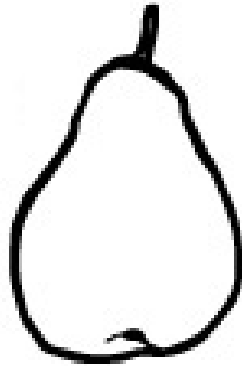
La abuelita Norma (por parte de mi madre), que vivía largas temporadas con nosotros, nos regaló una *Biblia* ilustrada de quince tomos rojos. Todo lo que recuerdo vívidamente de la historia sagrada, lo adquirí por medio de

esos tomos. Todavía conservo un par que quedaron en un estado desastroso después de haber sido parte de nuestra biblioteca: pintados, recortados, rallados. No se podía pedir más, entre diez hermanos.

El mundo cultural de mi abuela, o su fascinación por salir y entretenerse, era el cine. Felizmente, como yo tenía un buen comportamiento, era una asidua compañera para ir al “biógrafo”. Fui premiada yendo a cuanto festival de cine había en esa época.

Mi madre no tenía mucho de pedagoga, pero, curiosamente, cuando salíamos en bloque, nos llevaba libros y revistas para que nos portáramos bien. Por lo tanto, como bibliotecaria no lo hacía mal. En forma intuitiva, acertó a abrirnos espacios culturales. De mis hermanos podría decir que la mayor lee; el segundo es un lector muy erudito, una especie de enciclopedia ambulante que le hace honor a mi abuelo Federico; la tercera era una lectora empedernida; y yo he vivido y vivo en, con, desde, para los libros. Los seis hermanos que me siguen puede que sean menos lectores, pero todos aman los libros.

También vinculo mi mundo cultural con el haber podido trabajar en la cosecha de peras desde niña durante los veranos. Teníamos casi tres meses de vacaciones y mi padre nos rayaba la cancha: había que trabajar durante un mes en las mañanas. No podíamos estar echados en la cama: “La vida hay que ganársela desde chiquititos, los niños pueden trabajar en vacaciones y ganarse su plata, además van entrando en razón, van conociendo lo que es la vida”. Con el tiempo entendí que esta experiencia formativa fue muy importante.



Los trabajos específicos eran varios: partíamos calibrando las peras, después limpiándolas y finalmente embalándolas. Esta faena era con mujeres mayores a quienes no les paraba la lengua mientras trabajaban. Hacían de sus vidas verdaderas narraciones orales. Las teleseries actuales son pálidos relatos en comparación con estas sabrosas historias que a veces no me dejaban dormir. Mis orejas paradas me abrieron insospechados espacios para conocer los dolores ajenos, las condiciones humanas e inhumanas en que vivían. Si mis padres hubieran sabido con propiedad lo que escuchábamos, seguramente nos habrían mandado con tapones o decidido que no trabajáramos.

A fin del verano terminábamos como una pera madura, con muchas vidas en el cuerpo y muchas nuevas palabrotas en nuestro léxico. Creo que estas horas de escucha equivalían a docenas de buenos cuentos, poemas épicos, obras de teatro picaresco y un kilo de noticias de la prensa roja y amarilla.

Mi abuelo Federico nos hizo un gran regalo para los veraneos. De manera rigurosa y sistemática, coleccionaba las cuatro grandes páginas en colores que venían en el diario dominical *El Mercurio*. Estas páginas suplementarias traían una cantidad enorme de historietas de lo más variadas. No recuerdo bien si era un suplemento aparte o si él recortaba esta sección.

El abuelo las reunía domingo a domingo y una vez al año las encuadernaba. Imagínense un libro gigante del tamaño del diario *El Mercurio*, de 110 x 77 centímetros de ancho. Estos libros descomunales contenían 208 páginas ilustradas en cada tomo y recuerdo que había coleccionado cerca de seis volúmenes; es decir, seis años juntando historietas para sus nietos. Era la fascinación más grande en el verano llegar a esa casa de descanso y lectura para encontramos con estos libros enormes con historietas. Recuerdo muy especialmente que enfermarnos y estar en cama era muy entretenido, pues tenías la compañía de estos gigantes fabulosos... ¿Dónde estarán? Qué ganas de tener esos volúmenes cerca de mí. ¡Qué belleza de abuelo!

La Pequeña Lulú, Perejil, Rico MacPato, El pato Donald, El llanero solitario. Los clásicos de Walt Disney, como el ratón Miguelito, el tío Remus y sus cuentos del hermano Rabito, Pepita y Lorenzo. Por supuesto, lo que recuerdo con especial atención, ya que me reía bastante leyendo, son las historias de don Fausto y doña Crisanta. Eran graciosas y aparecía esta mujer que martirizaba a su marido. El asunto es que ser “Crisanta” era parte de nuestros chilenismos. Ahora ya no existe. El tiempo lo fue extinguiendo.



Un menú nutrido y variado para el lector. Una lectura aventurera. Ahora, bien, ¿cómo se forman los lectores en el mundo familiar? Con suerte, con peligros, con amor. Los libros que estuvieron a mi alcance, la música, los diarios, las revistas, los paseos, las peleas, las películas, las conversaciones, los secretos, las cazuelas... Todo esto me ofreció nuevas perspectivas que llevaron a forjar mi

personalidad e intereses culturales. Pero ¿a qué voy? A la lectura como algo cotidiano y transversal en la vida, no solo el mundo cultural tiene que estimularse con libros.

El paso a ser mayores y las lecturas

Hay una transición en las lecturas que se relaciona con las casas en donde uno ha vivido. Yo viví solo en tres casas. Tengo una amiga que en su niñez y juventud vivió en 36. En mi etapa de niña viví en la casa de campo de Rancagua, de preadolescente en una casona en la calle República, en el centro de la ciudad, y de joven en otra casa en Providencia que estaba muy cerca del colegio. En la casa de mi preadolescencia no recuerdo la existencia física de una biblioteca. ¿Dónde estaban esos libros de mi niñez? Pues se mudaron a un living, al que nos era imposible entrar. Un lugar solo para visitas.

En aquella casona antigua, mis seis hermanos hombres dormían todos en una pieza, dos camas en una esquina, dos camas en la otra y al medio otras dos camas. Puedo ver a mi hermano Federico leyendo con linterna uno de los casi 60 títulos que eran parte de la colección *The Hardy Boys*. Mi hermano, que estaba en un colegio inglés, los leía en ese idioma y yo observaba con fascinación cómo los engullía noche tras noche. Siempre había una lucecita de linterna en su cama. Tengo eso dentro de mí y me producía mucho placer verlo y a la vez envidia, pues yo no leía en inglés y mi hermano decía que “esos libros eran solo para hombres”. Éramos cuatro hermanas y, en las piezas de las mujeres, convivíamos dos en cada una. Con mi hermana Francisca éramos las más pequeñas y mirábamos hacia la habitación de las hermanas más grandes, dentro de cuya pieza, que era muy luminosa, no había libros sino la música de los Beatles, los Rolling Stones... El tocadiscos, los vinilos y la radio tenían la potestad de nuestras vidas. La radio era

parte de las habitaciones, nos acompañaba y la escuchábamos.

Teníamos chipe libre...

Para entonces ya no teníamos alrededor la biblioteca de antaño. En la etapa de adolescentes volvimos a tener un espacio de biblioteca, pero bastante reducido, en un segundo piso, donde estaban la tele y la biblioteca. Lo más importante en esa época era la televisión, que vivía su mejor momento. Teníamos chipe libre, nos dejaban ver teleseries, que cada uno hiciera su vida. El único que conservó una biblioteca que siguió desarrollando, fue mi hermano mayor Federico. Me acuerdo de que su biblioteca tenía obras interesantes, de hojear obras de arte, por ejemplo un gran libro de Leonardo da Vinci. Y entonces en mi ambiente familiar se podría decir que la lectura se diluyó. ¿Por qué si anteriormente estuvo? El leer ya no tenía los ambientes o espacios y no había nadie que estuviese haciendo un camino hacia la lectura. La verdad sea dicha: había por cierto revistas, muchas revistas, la revista *Ritmo* era una locura que compartíamos todas las hermanas y nos peleábamos por leerla. También nuestro tiempo era interesante usarlo escuchando radio y, como esta nos conectaba con la revista, había programas que permitían que participaras en juegos, con preguntas. Y claro, ahí nosotros llamábamos a la radio y también escribíamos a la revista *Ritmo*. ¡Éramos hinchas, fans! No les puedo explicar la emoción que sentía al recibir un nuevo número de la *Ritmo*, encima con nuestra participación impresa. Mandábamos cartas a algún cantante como el Pollo Fuentes o Cecilia y escribíamos tonterías.

También está presente en mi adolescencia y preadolescencia una gran amiga: Pilar. Ella era muy buena lectora y su madre o alguien de su familia, no me acuerdo

bien, me dijo que podría hacer un libro particular donde fuera anotando todos mis autores preferidos, los poemas que leía una y otra vez. Para mí fue muy interesante porque, obviamente, fui copiando de todos los grandes de esa época que me encantaban, frases célebres, pensamientos, en fin, armando un cuaderno-libro que tenía índice, es decir, una pequeña antología de las cosas que me gustaban. Mi primer “libro” me acompaña hasta hoy.

Recuerdo que tuve acceso a una buena cantidad de novelas escritas por la inglesa Enid Blyton, que leí una tras otra como si comiera ricas galletas. Las disfrutaba muchísimo en mi preadolescencia. Trataban de asuntos de internados, de pandillas, del mundo femenino en plena flor. Y por ahí llegó *Mujercitas* de Luisa May Alcott, que me deslumbró; sin embargo, tengo solo un vago recuerdo de la personalidad atractiva y fuerte de Jo. Sumar el mundo de *Jane Eyre* de Charlotte Brontë también me permitió hacer el cambio de niña a mujer, enseñándome el camino. ¡Qué difícil momento!

En ese entonces, también se integró en mi vida *Mafalda*, la tira cómica acerca de una muchacha fuerte, contestataria y gran heroína. Creo a la distancia que fue una salvadora en mi océano juvenil. Me obligó a mirar el mundo, ella no se perdía nada de lo que estaba pasando, confrontaba con mucha gracia sus ideales y era capaz de poner los puntos sobre las íes. Las preguntas que se hacía siempre me sorprendieron; tenía un pensamiento certero y gracioso. Mafalda también es un personaje con amplia conciencia de la justicia. Pero es irónica e ironiza sobre los adultos hasta dejarlos por “debajo” de los niños. Recuerdo la ocasión en que un señor le pregunta a Mafalda si va todos los días a la escuela. Ella le responde: “Y usted, ¿ha pagado todos sus impuestos?”. Mafalda defiende sus derechos, e incluso podría decirse que está a la defensiva y se enfrenta a la situación sin miedo. Aguerriada muchachita.